

# MIRET MAGDALENA

## DIECIOCHO DISCURSOS EN VEINTE HORAS

Ese es el balance cuantitativo exterior del último viaje del Papa a Ginebra, la ciudad del Reformador Calvino. Pero en un mundo en donde los psicólogos dudan de la eficacia que antes se atribuía al significado directo de las palabras, hemos de pensar que sólo a largo plazo podemos saber —en las mejores condiciones de optimismo— el resultado de este desplazamiento pontificio.

Los tres cometidos principales del mismo, sin embargo, han sido: 1.º) el contacto con la Oficina Internacional del Trabajo, donde casi todos los países —de cualquier ideología que sean— están representados para la defensa social del mismo; 2.º) su presencia en las oficinas del Consejo Ecueménico de Iglesias, que fomenta la unión de los cristianos, y 3.º) la entrevista con el Negus de Etiopía, preparando su próximo viaje a Uganda, para señalar en él su buen deseo de paz y promoción de África.

Sin embargo, no han faltado suaves pero incisivas críticas venidas incluso del campo católico, como la respetuosa del Padre René Laurentin en *Le Figaro* diciendo que, tras esta experiencia, semi-fracasada según algunos, «se entrevé... ya un estilo futuro de viaje en el que el Papa telefonaría, según la urgencia de la Iglesia, o de la Humanidad, al doctor Blake (secretario del Consejo Ecueménico de Iglesias) o a cualquier otro personaje, cogería un avión de línea, como cualquier otro ciudadano, y entablaría un diálogo no-preestablecido con la oficina de que se trate, dando a la prensa un comunicado imprevisto».

Porque es preciso cuidar el signo —el gesto— y no utilizar ninguna expresión triunfalista ni paternalista o dominadora, en palabras o actitudes, ya que «la Iglesia —por boca del mismo Pablo VI— acepta reconocer que el mundo, como tal, es libre, autónomo y soberano, y, en cierto sentido, bastándose a sí mismo». (Discurso, 23 de abril de 1969.)

Por eso «la Iglesia —sigue diciendo el Papa hace dos meses— no busca el hacer del mundo un instrumento para sus fines religiosos y menos todavía para pretender un poder en el orden de lo temporal». Y los creyentes —dirigentes o fieles— deben recordarlo constantemente; lo mismo los progresivos que querían una vasta Iglesia de izquierdas, que los conservadores que pretenden una Iglesia totalitaria y disciplinaria de derechas. La Iglesia —que somos todos los creyentes— debe tener una pretensión mucho más modesta: la del servicio a los intereses de los hombres, y nada más. Aunque muchos queramos que haga este servicio lo más abiertamente posible.

Concretándose a la visita que ha hecho el Papa a la Oficina Internacional del Trabajo, es preciso recordar —a los que querían otra cosa— que no se puede esperar de la Iglesia «ni un tratado de Trabajo o de Derecho social, ni de Sociología: lo que debemos esperar es una sincera y plena comunión con los hombres» (Padre Lucien Guissard, *La Croix*). Lo cual —si se hiciera valientemente— ya es bastante.

Hay que vivir los problemas de los hombres —sin pretensiones de mando— y ayudar modestamente a encauzarlos, sobre todo prestando a los humanos una viva conciencia de la injusta realidad, para que esta conciencia sirva de acicate de la iniciativa personal y de grupo que deben tener todos los que tienen buena voluntad. Pero jamás debe pretender la Iglesia sustituirse a ellos, ni ellos tener la sensación de estar siempre esperando —como han hecho la mayoría de los católicos— el toque de campana de la Santa Sede para empezar a actuar.

No pretendo hacer una especial valoración —positiva o negativa— de las palabras pontificias, pero quiero hacer ver lo fundamental de lo que ha dicho al mundo del trabajo en ese discurso de cuatro mil quinientas palabras, leídas durante cuarenta minutos a la Asamblea de la Organización Internacional del Trabajo, la cual conmemora este año su cincuenta aniversario, desde que, en 1919, el socialista Albert Thomas la fundó.

Pablo VI alabó a la O.I.T., a su socialista fundador y al único método de este organismo: el diálogo. Porque la fuerza de este organismo internacional no es más que una: la insistente comunicación humana con los gobiernos y con las fuerzas humanas que intervienen en el campo del trabajo. Y su poderosa representatividad internacional podría hacer verdaderamente eficaz este medio de presión moral que es el diálogo razonado y tenaz. Otra cuestión es si, de hecho, este organismo tiene la

fuerza que se pretende que tenga o que podría tener si sus manos fuesen más libres.

El Papa se preocupa —en sus sencillos comentarios— por el porvenir del mundo, «porvenir que no puede construirse sino con la paz entre todas las familias humanas trabajadoras, entre clases y pueblos; una paz que repose en una justicia cada vez más perfecta entre todos los hombres».

Algunos maliciosos podrían ver un ligero retroceso respecto a las perspicaces observaciones del Papa Pío XII acerca de la evolución y transformación de las clases sociales, el cual apreció un positivo proceso de superación de las mismas. Realidad —superadora de los antiguos clanes y castas sociales, latentes en la división social actual— que va abriéndose ciertamente camino en el mundo presente y que hubiera sido deseable haber expresado en esas frases de paz y de justicia, que son la base del discurso pontificio. Otros, sin embargo, menos maliciosos podrían ver una apertura a cambios radicales de estructura en su llamamiento a los pueblos para que «su obra legislativa se prosiga valientemente y se encauce por caminos resueltamente nuevos».

La verdad es que —sea lo que sea de esas observaciones— el hombre debe ser el centro de todo. La Humanidad debe tener «una sola meta, que no es el dinero ni el poder, sino el bien del hombre». Principio que no debe quedar en bonitas palabras abstractas, sino «traducirse en nuevas reglas de comportamiento social, que se impongan como normas de derecho».

Totalmente de acuerdo. Pero siguiendo todas las consecuencias reales de ese principio y no quedándonos, como siempre, a medio camino de concesiones, arreglos de menor cuantía o posibilismos que se convierten en nuevas reglas de comportamiento social, que se impongan como normas de derecho. Totalmente de acuerdo. Pero siguiendo todas las consecuencias reales de ese principio y no quedándonos, como siempre, a medio camino de concesiones, arreglos de menor cuantía o posibilismos que se convierten en nuevas reglas de comportamiento social, que se impongan como normas de derecho.

Por eso, el primer problema que se plantea es el de defender al hombre actual contra sí mismo. Porque el hombre contemporáneo está encerrado en un círculo de hierro del cual no puede salir al haberse convertido en un «hombre unidimensional», como dice el Papa citando a Marcuse. Yo pienso que —entre otras condiciones— sin ideas vitales (es el racio-vitalismo que predicó Ortega y Gasset como remedio de males del siglo XX) no es posible romper este anillo avasallador de nuestra civilización tecnocrática. Necesitamos, al menos, tener ideas —vitales, se entiende— para ser libres; si no las tenemos somos hombres autómatas de una sola dimensión, traídos y llevados por los «fuerzas» y su influencia de sugestión, y por eso incapaces de romper las tendadoras ataduras del dinero y del poder, que son una tragedia de esclavitud para la mayoría de los hombres. Debemos romper esas amarras que nos hacen un «hombre-organización», como dice el sociólogo Whyte, pero es difícil hacerlo sin salirse de los atenuadores lazos de nuestra civilización.

El segundo es el lugar donde tenemos que poner al trabajo. ¿Dónde está, antes o después que otros valores sociales? Sin duda antes, pero a condición de que el trabajo: 1.º) sea «verdaderamente creador» y 2.º) que «le ayude al hombre a hacerse más hombre... que le desarrolle y no le asfixie bajo una chapa de pesado aburrimiento». Y esto —opino yo— no puede realizarse sino en la línea radical de la socialización. Si no, el pretendido personalismo católico no se convierte sino en individualismo feroz de los más fuertes y astutos, como vemos por desgracia que ha pasado con la llamada doctrina social católica hasta ahora.

El tercer problema planteado por el Papa es el de la ley y la libertad. La libertad no puede ser la del engañoso liberalismo de los más poderosos con ventaja siempre para ellos, sino que el mundo debe organizarse con leyes para la libertad, leyes que sean fomentadoras de la liberación humana, que es la única libertad real que puede existir: las otras son puras palabras o situaciones de engaño más o menos inconscientes.

Estos tres problemas del mundo actual quedarán encauzados —no puede pretenderse más de la Iglesia— si seguimos, con más valentía de la que acostumbramos, estas líneas de orientación liberadora que pueden desprenderse del discurso del Papa a la O.I.T., siempre y cuando no se acoja uno a la letra que mata, sino al espíritu radicalmente transformador del Evangelio, que da sentido a lo que puede quedar oscuro o confuso, débil o temeroso, en la lectura de sus palabras.